

Diana Isabel Jaramillo*

Profesora de la Universidad Iberoamericana de Puebla y directora de la Biblioteca Palafoxiana.

C'est pas grave: Xavier Dolan

(Recibido: 07-20-2017;
Aceptado: 22-09-2017)

Resumen

En el cine de Dolan no hay mensajes ocultos, carreteras oscuras. Dolan cuenta el cine como presente él la vida. Sus películas tienen su firma hasta en el más mínimo detalle de producción. Sus personajes son verosímiles pero no dejan por eso de ser fascinantes como lo sería cualquier ser humano que se sale de la regla, que se rebela, que no guarda las buenas maneras. Indiscutiblemente influenciado por el cine de François Truffaut, por *Les quatre cents coups* (Los 400 golpes), allí donde la adolescencia aflora y separa a los hijos de los padres.

Palabras clave

Edipo, homosexualidad, odio, amor, sociedad, imaginario.

Abstract

In Dolan's cinema there are no hidden messages, dark roads. Dolan tells the cinema as he senses life. His films have his signature down to the smallest detail of production. His characters are credible but do not stop being fascinating as would be any human being who gets out of the rule, who rebels, who does not keep good manners. Unquestionably influenced by the cinema of François Truffaut, by *Les quatre cents coups* (The 400 blows), where adolescence emerges and separates the children from the parents.

Keywords

Oedipus, homosexuality, hate, love, society, imagination.

* Profesora de la Universidad Iberoamericana de Puebla y directora de la Biblioteca Palafoxiana.



Fotogramas de
Mommy, 2014.



Fotogramas de
J'ai tué ma mère, 2009.

*Las familias felices se parecen entre sí,
las infelices son desgraciadas a su manera.*

LEÓN TOLSTOI.

[Banda sonora: *Why does my heart feeling so bad?*, de Moby, para acompañar este ensayo sobre Xavier Dolan, quien eligió *Natural Blues* para su última película *Juste la fin du monde*, o la mimesis de nuestra cotidianidad. El cine de Dolan: la representación de la vida diaria que transcurre ligera, a pesar de lo dramática que es, como si fuera una melo-día.]

El verso de una canción de Lápido canta: “Elige entre misa de réquiem y marcha triunfal”, para banda sonora de tu biografía. Los personajes de Dolan escogen su tema. En el momento más álgido de su historia, la bailan, la tararean, se transforman en vedettes, olvidan lo desdichados que han sido. El drama cede. Pensemos en Almodóvar y la fascinación por la fonomímica y el travestismo. Roza el recuerdo de Lars Von Trier y su contraste entre la melosa canción de Elton John y el apesadumbrado rostro de Emily Watson en *Breaking the waves*.

Dolan, nacido en 1989 en Quebec, Canadá, sorprende que tenga tan sólo 28 años y seis películas escritas, dirigidas y producidas por él, y una por estrenarse el próximo año protagonizada por Natalie Portman: *The Death and Life of John F. Donovan*. Su última película: *Juste la fin du monde*, y las anteriores, tienen como escenario Québec y Montreal, Canadá. En el mundo cinéfilo, no pasaba esto desde que Atom Egoyan nos hizo voltear al cine canadiense, lejos de Hollywood.

Un *enfant terrible* a quien Oscar Wilde estaría encantado de hacerlo su personaje, por irreverente, crítico a todas las formas y modales de la familia convencional. Divertido y, *en plus*, hermoso, última gracia que le valió ser la imagen por dos años de Louis Vuitton, el Dorian Grey que no adivinamos cómo envejecerá, siendo tan joven como lo es.

El niño actor que, como si fuera poco escribir, producir, dirigir, elegir vestuario, y editar una película, se involucra en la subtitulación del francés al inglés o a el español, en pos de que no se cometa ninguna licencia literaria y que las groserías en francés quebeco, cuyo peculiar origen se refiere a la liturgia católica, encuentren su “equivalencia” en otro idioma; como *Tabarnak!*, proveniente de “tabernáculo”, que no se traduzca como “carajo” y sí como “¡chingada madre!”.

El también director del video musical de Adele, *Hello*, ganó fama mundial con *Mommy*, 2014, la cual llegó a las cinematecas mexicanas y en Cannes mereció el Premio del Jurado. La

trama, ya se leyó líneas arriba, es la familia: la disfuncional o quizás la que hoy en día funciona. Sin *spoilear*, atiende a su tema favorito freudiano: la relación de odio-amor entre una madre y su hijo adolescente con déficit de atención y claros síntomas de trastorno antisocial, si es que todavía estos diagnósticos funcionan, o las disfunciones son, igual que todo, disfuncionales.

J'ai tué ma mère, escrita cuando tenía 16 años, abordó la misma situación: necesitamos de una familia para sobrevivir en un mundo que nos puede devorar. Pero el Complejo de Edipo, o lo que es lo mismo *c'est la vie* después de todo, encegueció a Edipo y enloqueció a Yocasta. Drama de dramas que se aminoran con un melodioso y noventero —siempre—, *soundtrack*. En la película, Dolan, que hace el papel del hijo gay, se debate entre adorar y odiar, hasta la muerte, a su resignada madre. La homosexualidad es natural, lo antinatural es la sociedad que la cuestiona, esa es la verdadera melodía de fondo. Este escenario se repite en sus siguientes películas: la casa de los padres donde los años 70 y 80 se estacionaron. Tapiz de Luis xv de sendos medallones en sepia que contrastan con el *canapé* de terciopelo y la alfombra peluda; lámparas, portarretratos, trastes que no han sido renovados hace décadas, como si las palabras y las cosas estuviesen estancas.

Tom à la ferme, 2014, aborda, de frente, y sin ponerla como efecto secundario, la homosexualidad. Tom —Dolan—, acude al velorio de su novio que vivía en una granja con su madre y su hermano. La familia política ignoraba la preferencia sexual de su benjamín y antes bien practicaba la homofobia, misma que no puede sino orillar al crimen, a la mentira y al odio. *Les amours imaginaires* se filmó mucho antes que todas, en 2010 (previa también a la agotadora *Laurence Anyways*, 2012,

que relata la vida de un escritor, profesor de literatura, quien, tras ganar el Goncourt, decide ser él mismo: una mujer) es divertida, y por ser la primera quizás: inocente, *fresa*. La homosexualidad se infiltra en todas sus películas con una sola insistencia: no hay nada de extraordinario acostarte con tu mismo sexo; la trama se desarrolla en el clásico Montreal, donde la juventud cosmopolita y diversa, no tiene mayor preocupación que por el invierno inminente. Así, dos amigos, Francis, interpretado por Dolan, *toujours*, y su amiga, Marie, por Monia Chokri, conocen, se enamoran y se debaten el amor del andrógino y bello Nicolas, Niels Scheneider. Entre las piezas musicales, los acercamientos al rostro, el vestuario vintage, los amigos jugarán su juego favorito: la seducción. Sin grandes aspavientos filosóficos o trascendentes, porque, después de todo, la sutileza de nuestros días

son la cosecha de Dolan: la vida, por más pesada que sea o que se vislumbre, pasará. Y aquí habría que sonar la canción que al lector mejor le acomode.

En el cine de Dolan no hay mensajes ocultos, carreteras oscuras. Dolan cuenta el cine como presente él la vida. Sus películas tienen su firma hasta en el más mínimo detalle de producción. Sus personajes son verosímiles pero no dejan por eso de ser fascinantes como lo sería cualquier ser humano que se sale de la regla, que se rebela, que no guarda las buenas maneras. Indiscutiblemente influenciado por el cine de François Truffaut, por *Les quatre cents coups* (*Los 400 golpes*), allí donde la adolescencia aflora y separa a los hijos de los padres.

En *Juste la fin du monde*, Dolan se engola, su voz se engrosa: madura. Sin embargo, el matriarcado continúa. La madre como centro y *punching bag* de las frustraciones, sinsabores y algunos éxitos de los hijos. El guión está basado en la obra de teatro del dramaturgo



francés Jean-Luc Lagarce, pero como si lo hubiera escrito el propio Dolan. Tras doce años, el hijo pródigo, escritor gay, regresa a visitar a su familia para anunciarles que tiene los días contados. La familia, como pudiera ser cualquier otra familia, es una olla exprés de rencores, de continencia emocional, de apegos, recuerdos y estrés que le hará difícil encontrar el momento de concordia que aminore el impacto de la noticia. Esa visita, una comida de domingo, protagonizada por los actores de oro del cine francés: Catherine (Marion Cotillard), Antoine (Vincent Cassel), la hermana (Léa Seydoux) y la madre (Nathalie Baye), resulta una experiencia *bitter sweet*, los eventos más cotidianos desembocan en la ruina; y las melodías, nuevamente, son el elemento que evita que nos deprimamos. Los *close up* a los rostros son el otro sello repetitivo de Dolan: vemos pegados a la pantalla los ojos dulces, tontamente dulces, de Cotillard; los

ojos rabiosos de Cassel; el rostro inexpresivo –apaciguado por la marihuana– de Seydoux y los ojos maquillados, otra vez *kischt*, de Baye. Esas tomas importan más que los propios diálogos. Porque, al final, las palabras no importan: *C'est pas grave* escuchar los reclamos de la niñez, *C'est pas grave* la violencia cotidiana de los matrimonios, *C'est pas grave* que la gente no responda a las expectativas de amor y cuidados. Todo se cura al momento de tararear una melodía contagiosa que el propio espectador terminará cantando, al tiempo que se repone de la tensión que suscitan las relaciones personales. Y al levantarse de la butaca quizás un pegajoso estribillo musical lo hará repetir *C'est pas grave, C'est pas grave*.

